

LOLA

Anoche no quise cerrar del todo la persiana. Carla, la enfermera de turno, insistió en cerrarla del todo, pero yo me empeñé en que no.

Son las ocho de la mañana. Ya entran varios rayos de sol en la habitación. A pesar de que aún estoy medio dormida, puedo ver a través de la ventana que el césped de la residencia ya está lleno de margaritas, anunciando la llegada de la primavera.

Mi cama está al lado de la ventana. Me encanta sentarme y observar a la gente que va caminando por la calle. Me gusta mirar a los pájaros, al sol, a los niños jugando.

Al otro lado de la habitación está Lola. Mi mejor amiga. Mi mejor compañía.

Desde hace tres años he pasado todos los días de mi vida con ella, justo desde que mis hijos finalmente decidieron llevarme a la residencia, ya que pensaron que estaría mucho más cómoda y cuidada constantemente. A veces pienso que sería más feliz si siguiera en casa, pero luego pienso que sería una carga demasiado grande para mis familiares.

Tendrían que estar pendientes de mí todo el día.

Hace cuatro años me rompí la rodilla. Eso derivó en varias operaciones, una prótesis y demasiado dinero gastado para nada. La rodilla no curó bien y desde entonces voy en silla de ruedas. No tengo suficiente fuerza en los brazos como para poder moverme por mí misma en muletas o con un bastón sin la ayuda de nadie, así que, no tuve más opción que recurrir a mi inseparable silla. El problema vino cuando prácticamente no cabía por las puertas de casa y no podía realizar las tareas cotidianas de un día normal en mi vida. Me sentía inútil. Aquí tengo espacio habilitado para la silla. Un enfermero viene todos los días para levantarme y recorro el ancho pasillo de un lado al otro varias veces. Nada que ver con el pasillo que yo tenía en mi casa.

A Lola, en cambio, la llevaron a la residencia porque padece principios de Alzheimer. No ha sufrido aún olvidos muy grandes, pero a veces se le olvida lo que va a hacer o lo que va a decir. Su marido murió hace años, y como no tiene hijos ni ninguna otra ayuda, ella ya no podía valerse por sí misma.

Hace unos diez días la llevaron a una habitación apartada para que hiciera cuarentena. Había dado positivo en COVID. Desde entonces, mis días han sido mucho más aburridos. Sin nadie con quien hablar. Sin nadie con quien reír. Me dijeron que solo estaría allí una semana, pero no he vuelto a saber de ella. Se supone que este fin de semana por fin volvería.

Ya han entrado varias enfermeras a la habitación, pero ninguna ha traído a Lola de vuelta.

Mi impaciencia y mis ganas de verla de nuevo son las que me causan esta preocupación.

Para animarme pienso que aún es demasiado pronto. Quizá la traigan al mediodía...

Todavía desde la cama pienso en todo lo que quiero hacer con ella cuando vuelva. Lo primero que haremos será salir a los jardines y pasear. Nos encanta sentarnos en los bancos, hablar con los demás, recoger flores,...

También tengo muchas ganas de volver a asistir todos los jueves y sábados a las clases de bailes de salón en la sala común. Las partidas de cartas los domingos también se han convertido en parte de nuestra rutina. Somos muy buenas. Solemos ganar.

La he echado mucho de menos en las charlas que organizan. Todas las semanas, una persona solía venir a la residencia para hablarnos sobre algo. Hemos tenido charlas muy interesantes, por ejemplo, sobre cómo mantener la mente ocupada, ejercicios físicos sencillos, que podemos hacer nosotros por nuestra cuenta y no solo en las horas destinadas a gimnasia; sobre todo tipo de manualidades y productos artesanales y muchas más. Últimamente, las charlas se realizan de forma online. La persona encargada se conecta y en la sala común proyectan la imagen. Antes nos traían muestras o nos hacían alguna demostración allí mismo, en directo, pero desde la pandemia, eso se ha acabado.

La charla de este lunes ha sido sobre jardinería. Nos han enseñado los conocimientos básicos que todo jardinero debe saber. Hemos visto las herramientas más importantes de jardinería y, por último, nos han dado las pautas necesarias para poder crear nuestro propio huerto común en los jardines de la residencia.

A Lola le hubiera encantado. Le apasionan todos los tipos de flores y plantas. Siempre que baja al jardín, suele subirme un pequeño ramo con algunas flores y hierbas. Se la da realmente bien.

La repisa de la ventana la tengo llena de jarroncitos en los que meto sus ramos. Ella tiene varios en su mesita de noche. Las plantas le dan mucha vida a la habitación. Me sigue causando mucha ilusión cada vez que me trae uno, a pesar de que suele hacerlo casi todas las semanas.

He pensado que hoy bajaré al jardín y recogeré un ramo para ella.

Antes de la pandemia podían venir visitas cinco días a la semana, sin cita previa, cuando quisieran; últimamente, solo pueden tres días por semana, avisando como mínimo con 24

horas de antelación y con un máximo de dos personas. Al estar así organizado, solo puedes ver a seis personas queridas cada semana.

Tengo siete nietos y algunos de ellos son bebés. Me pone triste no poder verles tanto como me gustaría y sentir que me estoy perdiendo parte de su niñez, pero esto hace que cada vez que nos veamos lo aprovechemos más y esté todo el rato jugando con ellos. Mis hijos me riñen de que solo hago caso a los niños, pero son los que me dan la alegría y esperanza que considero necesarias para poder superar esta situación y pasar página lo antes posible.

Aunque yo haya dado negativo en COVID-19, también he llevado a cabo una cuarentena con la gente del exterior. Me disgusté mucho cuando me comunicaron que no podría recibir visitas durante unos días. De todas formas, me han proporcionado una serie de citas online con ellos. No los he visto en persona, pero por lo menos les he visto a todos a la vez, cosa que no pasaba desde verano.

Esta Navidad tampoco pude ir a casa debido a la situación pandémica. Tanto en la familia como en la residencia había varios casos de COVID.

Miro el reloj y ya casi son las nueve. Oigo a las enfermeras caminar por los pasillos. Acaba de entrar Sara, la enfermera en prácticas, y me dice con cara sonriente que se me han pegado las sábanas. La devuelvo la sonrisa mientras echo la mirada a la cama vacía de Lola. De repente recuerdo que Lola no se suele acordar de la gente que no ha visto en mucho tiempo. ¿Serán diez días mucho tiempo para Lola? Me da miedo pensar que no se acuerde de mí cuando regrese...

Elena Álvarez Miguel, Narrativa 3º y 4º de la ESO; IES Muriedas